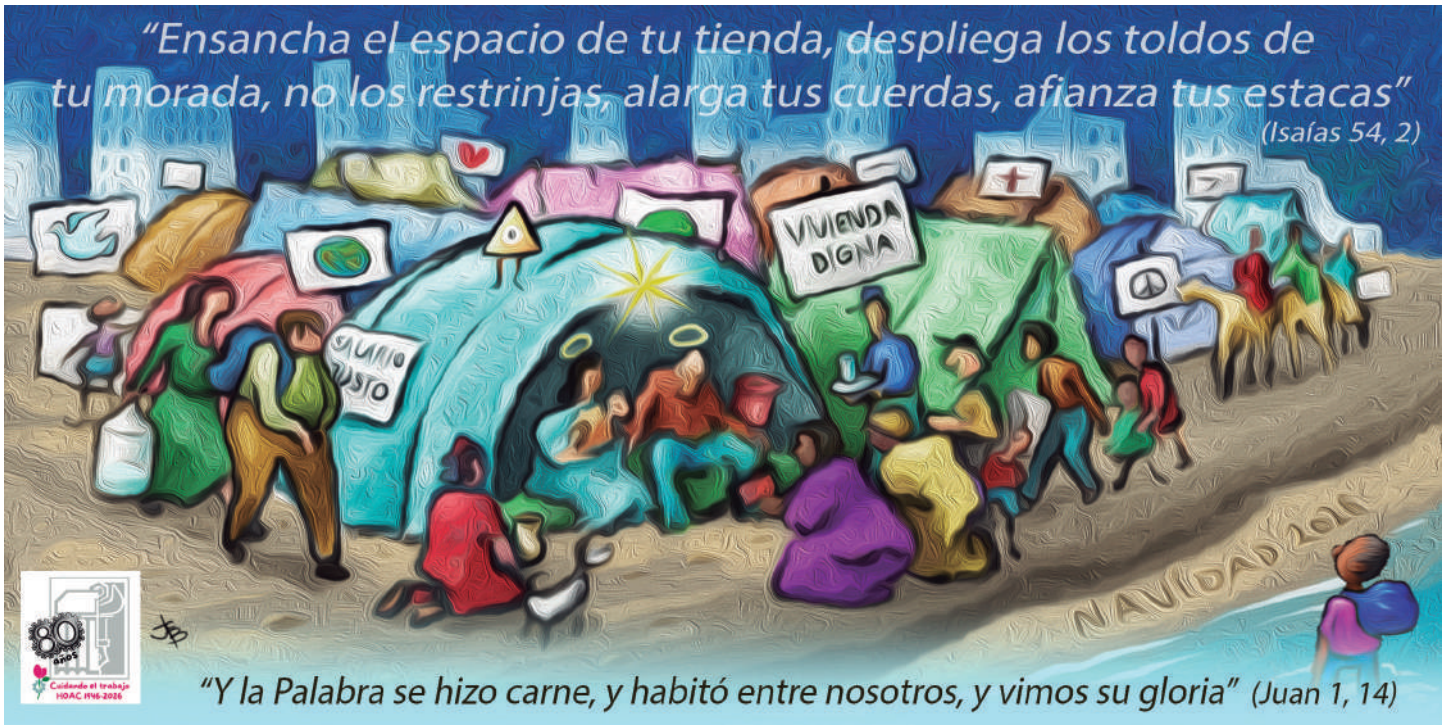
ADVIENTO 2026



HOAC
Hermandad Obrera de Acción Católica

Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas para que las disfrutemos (1 Tm 6, 17), para que todos puedan disfrutarlas. De ahí que la conversión cristiana exija revisar especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común.

–Papa Francisco, EG 182

Tiempo de Adviento. Viene Jesucristo. Primero, viene; después, pasa y después se aleja. Ahí está la tragedia. Cuando pasa el Señor, la salvación no está en verle pasar, sino en ir con Él.

–Guillermo Rovirosa. OC. TV pág. 424

Dios no está fuera del mundo ni de esta vida: hemos aprendido a buscarlo en la primera venida de Jesús, Dios-con-nosotros, entre las realidades de la vida [...] no se trata de mirar desde fuera, sino de involucrarse en la vida, en los problemas y en las bellezas del mundo. La Navidad de Jesús nos revela un Dios que nos involucra: María, José, los pastores, Simeón, Ana y, más adelante, Juan Bautista, los discípulos y todos los que encuentran al Señor son llamados a participar.

–Papa León, Adviento 2025

Este tiempo especial que quiere, debe, tiene que ser de esperanza real que va más allá de las palabras, una esperanza entrañable, experimentada con todos los sentidos. La esperanza no es una palabra manipulable o tenemos esperanza o no la tenemos. Podemos hacer dos cosas quienes nos llamamos seguidoras o seguidores de Jesús, el Cristo: guiamos la dirección de la esperanza en frases vacías, lugares comunes o somos más atrevidos y hacemos preguntas:

¿Qué espera la gente? ¿Qué esperan mis vecinos y vecinas o mis compañeros y compañeras de trabajo? ¿qué esperan los que viven en la calle y con quienes me cruzo cada día? ¿Qué esperan los que han llegado en cayucos y las familias que han dejado detrás? ¿Qué esperan quienes trabajan y solo les da para pagar la habitación que tienen de alquiler y poco más?, ¿o quienes viven de alquiler y están en situación de vulnerabilidad y se preguntan por su futuro? ¿Qué esperan los jóvenes?, ¿qué esperan los palestinos, ucranianos, iraníes, saharauis, libaneses, senegaleses, venezolanos, qué espera el pueblo ceutí y los que llegaban a sus playas?, ¿qué esperan quienes limpian nuestras calles, escaleras, nos atienden en los bares, recogen nuestra basura, reponen y atienden en los supermercados...? ¿Qué esperan tantas mujeres de esta sociedad y en la iglesia con respecto al trato, reconocimiento, igualdad, violencia, respeto...? ¿Qué esperan las personas condenadas a ser últimas en esta sociedad y que conocemos? ¿Qué esperan los que van a heredar la madre tierra? ¿Qué espero yo –o también– que esperan de mí? La esperanza tiene que responder a las verdaderas situaciones que vive nuestra gente y que vivimos nosotros (cfr. Sant 2, 16), nos toca en vida de nuestro pueblo: «Alégrense con quienes se alegran; lloren con quienes lloran» (Rom 12, 15). «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (GS 1).

Esto nos lleva a evangelizar con «alma» estando «cerca de la vida de la gente» porque «la misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, es una pasión por su pueblo» (EG 268) y estas preguntas solo las podemos hacer si tenemos sentido de pertenencia. Ya lo decimos en la HOAC, **sentir con Cristo es una invitación a la encarnación.**

Solo desde aquí podemos vivir un adviento donde celebramos la venida de un Dios que se encarna por su pasión por el pueblo, por la humanidad. Y desde ahí vamos construyendo esperanza, Cristo Jesús es esperanza porque motiva nuestra esperanza y la hace activa comprometida, nos invita a organizarla y no para las demás personas sino con las demás. El adviento se encarna cuando «unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama» (EG 267).

Solo desde la encarnación las preguntas tienen respuestas creíbles, solo desde la encarnación podemos hacer creíble la esperanza que nos trae el adviento.

Nos toca, como María, decir sí y como ella estar dispuestos, dispuestas a hacer «entrañable»" la esperanza. Un Dios que se hace entrañable que tiene también esperanza en nosotros, en nosotras. Y nos necesita, como necesitó de María para ser cómplices de la esperanza que ya, desde el principio de la historia ha provocado y que no puede defraudar.

No tienes manos

Jesús, no tienes manos.
Tienes solo nuestras manos
para construir un mundo donde reine la justicia.

Jesús, no tienes pies.
Tienes solo nuestros pies
para poner en marcha la libertad y el amor.

Jesús, no tienes labios.
Tienes solo nuestros labios
para anunciar al mundo
la *buena noticia* de los pobres.

Jesús, no tienes medios.
Tienes solo nuestra acción
para lograr que todos seamos hermanos.



Jesús, nosotros somos tu Evangelio,
el único Evangelio que la gente puede leer,
si nuestras vidas son obras y palabras eficaces.

Jesús, danos tu amor y tu fuerza
para proseguir tu causa
y darte a conocer a todos cuantos podamos.

1º domingo de Adviento ciclo cB

29 de noviembre 2026

Is 63, 16c-17. 19c; 64, 2b-7: *¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!*

Sal 79: *Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.*

1 Cor 1, 3-9: *Aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.*

Mc 13, 33-37: *Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa.*

Lectura del libro del profeta Isaías (63, 16b-17.19b; 64,1.2b-8)

*Tú, Señor, eres **nuestro Padre,***
desde siempre te invocamos
como nuestro redentor.
Señor, ¿por qué permites
que nos alejemos de ti,
y endureces nuestro corazón
para que no te respetemos?
Cambia de actitud
por amor a tus siervos,
por amor a las tribus de tu heredad.
¡Ojalá rasgaras el cielo y descendieras;
las montañas desaparecerían ante ti!
Tú bajaste, y las montañas
desaparecieron ante ti.
Jamás nadie vio ni oyó
hablar de un Dios
que actúe como tú
para quien confía en él.
Tú aceptas a los que actúan rectamente
y no se olvidan de tus preceptos.
Estabas enojado,
porque habíamos pecado;
persiste nuestro pecado,
pero tú nos salvarás.
Todos nosotros éramos impuros;
nuestra rectitud
era como un trapo manchado,
nos marchitábamos todos
como si fuéramos hojas
y nuestras maldades nos arrastraban
como arrastra el viento.



Nadie invocaba tu nombre,
nadie despertaba de su letargo
para unirse a ti,
*pues **tú nos escondías tu rostro***
y nos entregabas a nuestras maldades.
Con todo, Señor, tú eres nuestro Padre,
nosotros somos la arcilla
y tú el alfarero,
somos todos obra de tus manos.
No te enojes tanto, Señor,
mira que somos tu pueblo.

El texto es de los últimos capítulos del profeta Isaías, del trito Isaías, un profeta del posexilio. El desencanto de aquel pueblo que volvía del exilio a su tierra después del edicto de Ciro en el 538 a. C. era patente, la realidad no era como ellos la esperaban. Un pueblo dividido, una religiosidad destrozada, es verdad que se podía volver al templo, pero sólo pudieron poner cimientos y hacer el altar, pero seguían siendo un pueblo dependiente política y económicamente. Este nuevo comienzo está lleno de pesimismo.

¿Las promesas? Dios parecía lejos, como si hubiera desaparecido de su horizonte, sentían que no les oía. Pero podemos decir en síntesis que la predicación de este Isaías era: Dios quiere estar y escuchar a su pueblo, y salvarlo de la situación en la que está, pero los israelitas tienen que colaborar cambiando de conducta, cambiando de actitud. En síntesis «el futuro mejor no es una promesa incondicional, sino una promesa que hay que conquistar», porque hay que guardar el derecho, practicar la justicia.

El trozo que proclamamos hoy tiene que ver con una oración que es más larga, una oración llena de drama, reconocimiento del pecado, reconocimiento del Dios al que llama Padre, y una intensa súplica para que no les abandone y no les recuerde su pecado que ellos ya reconocen. También aparece algún reproche.

Dentro del drama de esta oración el último párrafo es genial, llama a Dios Padre, alfarero. Es un pasaje de una belleza mística admirable, una confesión de fe en Dios a pesar de la oscuridad, desde la total humildad.

Salmo Responsorial (79, 2-3.15-16.18-19)



Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Pastor de Israel, escucha,
tú que conduces a José como a un rebaño,
tú que te sientas sobre los querubines, resplandece
ante Efraín, Benjamín y Manasés;
despierta tu poder y ven a salvarnos.

¡Dios todopoderoso, atiéndenos,
mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña,
la planta que sembraste, el retoño que hiciste vigoroso.
Que tu mano proteja a tu elegido, al hombre que tú fortaleciste.

Ya nunca nos apartaremos de ti:
devuélvenos la vida para que invoquemos tu nombre.

Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Lectura de la primera carta de Pablo a la comunidad de Corinto (1, 3-9)

Gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, el Señor.

Doy gracias a Dios continuamente por ustedes pues les ha concedido su gracia mediante Cristo Jesús, en quien han sido enriquecidos abundantemente con toda palabra y con todo conocimiento. Y es tal la firmeza que ha conseguido el testimonio de Cristo entre ustedes, que no les falta ningún don, mientras esperan que nuestro Señor Jesucristo se manifieste. Él también los mantendrá firmes hasta el fin, para que nadie tenga de qué acusarles en el día de nuestro Señor Jesucristo. ***Fiel es Dios que los ha llamado a vivir en unión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.***

Pablo es un clásico en las redacciones de sus cartas, mantiene un esquema; antiguamente era normal comenzar una carta dando gracias a una divinidad por cualquier motivo que en la carta pudiera aparecer. Pablo hace lo mismo con contenido cristiano. Se nota, ya en el comienzo de esta carta, eminentemente pastoral, la centralidad de Jesús, el Cristo; la esperanza en la salvación definitiva que Jesús nos revela, una salvación que ya está en medio de nosotras y nosotros, porque el Señor Jesucristo está presente con sus dones.

De todas formas, Pablo, a pesar de alabar aquí los dones del Espíritu que tiene la comunidad de Corinto, poco después y claramente en el capítulo cuatro será crítico con algunos aspectos de estos dones. Para él, los dones tienen valor, tienen fuerza si están unidos al testimonio de Cristo. Para él toda la eclosión de carismas de la comunidad tienen que estar referenciadas a Jesús, el Señor y es ahí donde está la efectividad de la evangelización.

La esperanza de Dios

La esperanza de Dios
no habla de utopías
ni de realidades que no existen
ni de mundos paralelos.

La esperanza de Dios
no habita en el optimismo vacío,
ni en las frases hechas
que no nos llevan a nada.

La esperanza de Dios
no la traen los mesías que anuncian catástrofes
ni las ideologías que gritan
y dividen el mundo en bandos.

La esperanza de Dios
viene a través del mensajero humilde,
y del sabio que sabe mirar
al cielo y al mañana,
con fe en Dios y en el hombre,
y con grandes dosis de amor.

La esperanza auténtica
la trae el Salvador.
la esperanza auténtica
la trae un niño llamado Dios.

Álvaro Lobo, sj



Lectura del Evangelio de Marcos (13, 33-37)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

–¡Cuidado! Estén prevenidos, porque no saben cuándo llegará el momento. Sucederá lo mismo que con aquel hombre que se ausentó de su casa, encomendó a cada uno de los siervos su tarea y encargó al mayordomo que vigilara. Estén pues atentos, porque no saben cuándo llegará el señor de la casa, si al atardecer, a medianoche, al canto del gallo o al amanecer. No sea que llegue de improviso y los encuentre dormidos. Lo que les digo a ustedes, lo digo a todos: ¡Estén atentos!

Comentario

Una bienaventuranza es la paciencia como forma de heredar la tierra, nos toca la espera, pero imploramos que quien venga sea el Señor, que nos empuje cuando el pesimismo, el desconcierto, la violencia, la desigualdad, el individualismo y el mal uso de los recursos empañan la ventana que mira al futuro. Sí, queremos que el Señor venga, que su presencia nos ayude a arrancar todo aquello que nubla el futuro y nos llene de su Espíritu para construir el mundo nuevo. El grito de ***¡Maranatha!*** ¡Ven Señor! Es de adviento, pero es el grito del creyente en la vida, rogando a Dios que no se oculte, es el grito, también, ante el dolor, el sufrimiento y lo definitivo, la muerte. En esta época, en este cambio de

época, necesitamos gritar ¡Señor, ven!, ayúdanos a leer este tiempo desde ti y que te experimentemos cercano y nos enseñes a organizar la esperanza que tantas personas necesitan.

Las primeras generaciones cristianas vivían muy preocupadas esperando la parusía, la llegada del Señor, después de la resurrección, porque creían que iba a ser inminente: ¡El Señor viene ya! Y llegaron obsesionarse tanto, que algunos dejaron hasta de trabajar porque no merecía la pena, el Señor iba a venir ya, todo iba a cambiar; habría una transformación total del mundo, vamos a vivir el poco tiempo que nos queda en espera. La obsesión fue tal que Pablo tuvo que dar un golpe sobre la mesa e hizo aquella afirmación en la segunda carta a los tesalonicenses: «el que no trabaje que no coma» (3, 10).

Uno de los errores que hemos cometido es convertir los textos que tienen que ver con la parusía, que tienen cierto tono apocalíptico, en textos para estar preparados ante la muerte, ante el final de la vida o la historia. ¿Cuánto de la presencia de Dios habremos perdido por estar pendientes sólo de eso y de una preocupación ante el juicio de Dios al final de la vida? Como si el propósito de Jesús fuera prepararnos para la otra vida.

¿Si a Dios le preocupara solo nuestra llegada a la otra vida, hubiera hecho falta la encarnación? La encarnación es la apuesta de Dios por la vida, por la historia, por la humanidad... es dar valor a la existencia humana y todo lo que la rodea. La otra vida no es para quitarle valor a esta sino para llenar de esperanza y de sentido esta.

Textos como este colocaban a la comunidad en tensión de espera... porque el problema surgía cuando la espera se iba alargando y ese primer amor, esa espera ansiosa a la venida definitiva del Señor se alargaba en el tiempo. Se enfriaba la vida de las primeras comunidades y la rutina les hacía «tibios, ni fríos ni calientes», que en el libro del Apocalipsis decía: por ser así (3, 16) «te vomitaré de boca».



Es, la espera cristiana, una esperanza activa. Estar pendientes de la tarea, estar pendiente de lo que Dios quiere en la Iglesia, en nuestras comunidades, en nuestro barrio, en las organizaciones donde estamos comprometidos. Ese es nuestro reto, porque ahí es donde tenemos que hacer presente, construir, hacer realidad el reino de Dios, los sueños de Dios.

Estar pendientes porque tenemos que ir descubriendo las oportunidades que la realidad nos facilita para hacer la tarea, estar pendientes porque los sueños de Dios tienen que ser nuestros sueños y hay que intentar buscar la tierra necesaria para plantarlos, estar pendientes para ser protagonistas de esos sueños del Dios Padre/Madre. Estar pendientes hoy, del dolor de los migrantes tratados indignamente y como moneda de cambio, estar pendientes para denunciar las causas y a los responsables de estas y no culpar a las víctimas. Estar pendientes para defender a las personas siempre y por encima de los objetivos económicos, estar pendientes para exigir más igualdad en tiempos donde la desigualdad se dispara. Estar pendientes de la gente que se queda en las cuneta, los «sintecho», las familia paradas, las personas enfermas en las listas de espera, las que no logran una cita previa y necesitan arreglar sus pensiones, o resolver sus necesidades más primarias, los ancianos encarcelados en sus propias casas porque no pueden utilizar las escaleras, las personas que trabajan en condiciones indignas, los marineros abandonados en los puertos o los que no pueden saltar a tierra... estar menos pendiente de uno y más pendientes de los *demás...*

Solo estando atentos, sólo estando pendientes, amando a nuestra Iglesia y a nuestro pueblo, podemos hacer de la presencia del Señor esperanza y sentido para nosotros y nosotras y para quienes nos rodean.

Estar atentos con un oído puesto en Dios y el otro oído en el pueblo... esta es la forma de estar preparados quienes somos creyentes. Lo único que será capaz de renovarnos, de no envejecernos será la pasión por estar atentos, estar pendientes. En el evangelio de hoy hay una súplica reiterada del Señor... ¡estén atentos!

Dios está cerca



¡Vamos, levantaos,
se acerca vuestra liberación!
Hay signos a vuestro alrededor.
¿No los veis en el barrio, en la fábrica,
en la comunidad, en vuestra propia casa
y en vosotros mismos sin ir más lejos?
Restregaos los ojos,
mirad con esperanza el horizonte,
escuchad las buenas nuevas,
dejaos despertar por la brisa.
¡Dios está cerca!
¡Ánimo, levantaos
y permaneced despiertos!
No se os embote la mente o desboque el corazón
con tanta preocupación sobreañadida:
qué os pasará y qué haréis,
cuánto ganareis y gastareis,
cuando sucederá y por qué...
Nadad contracorriente
¡Dios está cerca!

¡Hala, levantaos,
y poneos en marcha con ilusión renovada!
Otead el horizonte.
Vivid atentos a los susurros,
a los lloros, gritos y risas
de la humanidad entera.
Dios está cerca.
Brotad a la vida.
Dejad lo vano y estéril.
Pedid fuerza para la espera.
¡Dios está cerca!

Señor, Jesús, te ofrecemos todo el día...
María, Madre de las personas empobrecidas,
Ruega por nosotras y nosotros